

que el deber y el interés anden paralelamente, lo cual se consigue pagando a los miembros de los Jurados \$ 10 por cada veredicto.

El cumplimiento de la ley, que corresponde a una necesidad inaplazable, ocasionará un gasto que gira al rededor de \$ 80,000 anuales. La buena administración de justicia es el servicio más importante del Estado, al cual deben destinarse preferentemente los fondos del Tesoro Público.

Selección de los Jueces de hecho, pago de los servicios que ellos prestan, personal competente de Fiscales, buena remuneración de éstos; hé ahí los puntos fundamentales de la ley que propongo a la consideración del honorable Senado, que tiene como norte levantar la augusta institución del Jurado y convertirla en una verdadera garantía social.

Honorables Senadores.

JOSÉ JOAQUÍN HERNÁNDEZ

## *El fracaso de la Liga de las Naciones.*

Anhelosas esperaban las naciones humildes, las naciones sencillas y calladas, la aurora del 8 de marzo de 1926. Se iba a consagrar, bajo la firma y el sello de las grandes Potencias, el consorcio definitivo e inmutable de todos los pueblos. La blanca y noble figura del divino Rabí presidiría aquella magna Asamblea de Ginebra, de donde brotarían inviolables principios de paz y de amor.

La gran nación vencida codiciaba un puesto, una silla permanente en el Consejo de la Liga de las Naciones, Alemania pidió, por conducto de Strasemann y de Luther, sus dos hombres del día, su admisión en el Consejo. La petición fue magníficamente recibida. En adelante habrían de gobernar este enorme organismo internacional, Inglaterra, Francia, Italia, el Japón y Alemania.

Llegó el día de cumplir la promesa de admisión. Y era observable cómo se agitaba Francia, celosa de Alemania y cómo suscitaba enemigos en torno de ésta. España, Bélgica, Suecia, Polonia, Yugoslavia, el Brasil; hé ahí los fantoches

esta comedia internacional, dirigida desde la sombra por Briand y Chamberlain. Francia no ignoraba que la diplomacia germana habría de influir poderosamente en las decisiones del Consejo. Este puede, según el pacto de 29 de abril de 1919 crear doctrinas internacionales, razón, más que sobrada, para que el mundo entero se preocupara tan intensamente por esta cuestión de los sillones permanentes. El exquisito tacto diplomático de Briand y Chamberlain, produjo aquella barandada que dió al traste con los propósitos aparentes de estos dos insignes comediantes y con los francos deseos de Luther y de Strasemann.

Como un incidente novísimo y original en la historia internacional se presenta ante el mundo la terquedad del Brasil. Arrogándose la representación de la América Hispana, esta nación solicitó también su sillón, con exclusión de cualquiera otra, inclusive Alemania. Y, bien fuera mampuesto de las grandes Potencias, o digno exponente de la contumacia Lusitana, es lo cierto que el Brasil, pedazo de esta nuestra América ignorada, puso en movimiento la diplomacia universal. Elocuente lección para los pueblos que no tienen confianza en su estrella!

Resultado: que se aplazó para Septiembre, por vía de transacción, la admisión de Alemania en el Consejo de la Liga de las Naciones. Ya se sabe que aplazar significa negar en política internacional.

No hay tal espíritu conciliador, no hay tal avenimiento. Hoy, más que nunca, se arman las naciones, al impulso de su devoradora ambición. Mientras Mussolini declara que quiere hacer de la flota aérea de Italia la primera del mundo y Francia sostiene el mayor ejército de tierra que se haya conocido, el gobierno inglés estudia nuevos tipos de tanques, mantiene sobre las armas el ochenta por ciento de las tropas que permiten los tratados de paz, y destina cinco millones de libras anuales para dar incremento a la flota de guerra.

Por su parte, Lloyd George, el pontífice caído, clama desde la prensa londinense contra los proyectos de desarme. El peligro bolchevique, encarnado en la unión de las repúblicas soviéticas con los bastos imperios del Asia, hace brotar de los labios del jefe liberal un mundo de macabras profecías. Las naciones de Occidente no pueden, no deben desarmarse, mientras el mandarín y el cosaco atisben así, desde el Levante, la agonía de Europa.

Y allá en ese abigarrado rincón de pueblos que demoran en los Balkanes y en la Europa Central, pavorosa fusión de razas, semillero fecundo de guerras y revoluciones, hierve hoy las más tremendas pasiones. Bulgaria gime bajo el aze del comunismo: Yugo eslavía presencia las luchas sempiternas entre croacios, servios eslavones, húngaros; el Tirol destiene a los inmigrantes alemanes y motiva un duelo peligroso entre Strasseman y el dictador de Italia; y, finalmente, la patria de Fericles ve rodar la tradicional corona y se somete a la tiranía de Pengalos, disfrazada con el nombre de República.

Del otro lado del Atlántico no andan mejor las cosas. Mr. Davis, Ministro de la Guerra en Norte América, se jacta ante el Club Republicano de Washington, de la invulnerabilidad de la posición militar de las costas americanas. No habrá dice el Ministro, escuadra aérea alguna que pueda sorprendernos.

He ahí los preiudios de la gran tormenta. Y mientras estos siniestros resplandores alumbran el panorama universal, la Liga de las Naciones, obrando dizque en nombre del derecho y de los principios de humanidad, confiere a Inglaterra el derecho de apoderarse del Mosul ¡Y, cosa rara! la sentencia que condenó a Turquía a perder en favor de Inglaterra esa enorme y rica región, obligó a John Bull a pagar una suma de dinero a la nación desposeída. ¿Por qué condenar así al litigante victorioso? Leed, lectores, entre líneas.

Pero, es más. La Francia liberadora, la genitora de los derechos del hombre, ha borrado de la faz de la tierra el soberbio califato de Damasco. Adios mezquitas y palacios de mármol, lumbreras de la Edad Media! Todo fue arrasado por Sarrail en su lucha con los drusos!

La desaparición de la ciudad sagrada ha congregado en Cairo a los representantes de todos los pueblos musulmanes. La Media Luna se enfrentará nuevamente a la Cruz, y el Asia menor ve todavía caer en cuajarones la sangre de los cristianos que allí tienen la desgracia de vivir, los fanáticos descendientes de Mahoma no alcanzan a ver en la destrucción de Damasco una explicable represalia. Que surja un nuevo Omar, llámese Ab del Krim o Mustafá Kemal! Entretenense de nuevo la Biblia y el Corán!

Y aquí en nuestros Andes gloriosos, nidos que debieron ser de la paz y del amor, palpita, cual volcán semiapagado, esa inquietante cuestión de las Provincias del Pacífico.

árbitro norteamericano daría todo el dinero del mundo por salirse del dédalo en que lo han metido los dos pueblos que mejor han sabido odiarse.

Este es, señores, el cuadro pavoroso del mundo contemporáneo. Sobre ese inmenso barril de pólvora, ha estado sesionando la augusta Asamblea de la Sociedad de las Naciones.

ALFONSO URIBE MISAS.

